

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS X JORNADAS

VOLUMEN 6 (2000), Nº 6

Pio García
Sergio H. Menna
Víctor Rodríguez
Editores



ÁREA LÓGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



Φύσις versus Τέχνη

*Daniel Vera**

Nimio de Anquín (1896-1979) fue profesor de, y tuvo por ayudante a, Alberto Moreno (1922-1999), a quien tuve de profesor y de quien fui ayudante. A la memoria de ambos quiero encomendar estas notas.

Escribe Richard Rorty: “Los naturalistas al igual que los derrideanos, no usan lo que Derrida llama ‘una completa presencia que está más allá del juego’ ...Ambas clases de filósofos ven todo constituido por sus relaciones con otras cosas, careciendo de una naturaleza propia e ineluctable”¹ (Subrayados D. V.). El desprevenido lector habrá notado sin esfuerzo, posiblemente a la altura de su estómago y antes de huir hacia textos menos escarpados, el choque entre usos mutuamente exclusivos de estas dos palabras, ‘naturalistas’ y ‘naturaleza’, que según la gramática corriente deberían subordinarse una a la otra. Otro lector, ya prevenido de los acaecimientos consuetudinarios de la rúa filosófica, no habrá tardado en advertir que ambas palabras, pese a su parecido, no están emparentadas y provienen de vocabularios diversos, no en el idioma, el venerable latín de Lucrecio y Cicerón, sino en lo que Maritain llamaría el orden, o desorden, de los conceptos, en fin, agregaría Wittgenstein, dos juegos en uno, aunque alguno intenta caracterizarse con la afirmación de no ser un juego: “Yo creía que esto sólo pasaba en las películas”, dice alguien en algunas películas. En otra película, que empiezo a contar, se trata de dos tipos históricos de filosofar, protagonistas antagónicos, aquel de los cuales tiene la pretensión de contar la primera historia (o la última), a lo mejor la única, y este de los tales la de remontarla a historias anteriores (o posteriores) y relacionarla con historias paralelas. Aquel tipo, y un tipo es mucha gente, se supo llamar ‘Fisiólogo’ y este otro, no siempre, se quiere llamar ‘Tecnólogo’ y con esto, como suele ocurrir, me voy a Grecia para resolver un conflicto romano. Porque estos usos discordes de “naturaleza” dependen, en mi película, de la jerarquía o perspectiva en la que se pongan los vocablos helénicos ‘Φύσις’ y ‘Τέχνη’ y su multiforme descendencia.

Filosofar físico. Los Fisiólogos, los que lógicamente se agrupan en torno a una Φύσις, aunque discrepen en lo que ésta sea: aire, agua, fuego, infinito, ente o ser, etc., única e ineluctable en cada caso, identidad invisible que sustenta la diversidad visible. Esta Φύσις se identifica como principio de todas las cosas y el saber sobre ella se tiene por saber primordial del que derivan los otros saberes. Pero he aquí (o allí) que si en el principio no hubo más que Φύσις y físicamente de nada sale nada, al final de más o menos engañosas y siempre fenomenales metamorfosis producidas por velamientos o epifanías de la Φύσις, ya cumplido un destino que no podía estar sino en ella misma, sólo habrá Φύσις; el princi-

* Universidad Nacional de Córdoba.

pio es también el fin: *no apresures tu ser para la vida que apresuras tu ser para la muerte*. La identificación de principio y fin venía bien, porque el saber acerca de lo primero, la Fisiología, no había sido el primer saber disponible y todavía hoy, o entonces, no esta todavía al alcance de la mano, o de la mente, pero no cabe duda que hacia él se dirige todo saber puesto que, por principio, no puede ir a otra parte. El amor a ese saber, la filosofía, es motor de la mente y de la mano: Πάντες ἄνθρωποι τοῦ εἰδέναι ὀρέγονται φύσει, y por lo tanto al primer saber, protofilosofía, la ciencia que se busca, la última en alcanzarse pero la mejor, porque lo último en el orden del conocimiento es lo primero en el orden del ser, con lo cual se identifican, en el principio y en el fin el ser y el saber, porque el fin puede ser causa sólo si es anterior a sus efectos. De ahí que la filosofía de la física sea saber de los principios y de la antigüedad, Arqueología, o saber de los fines y de la modernidad, Teleología, o saber de los principios y de los fines o sea Saber Absoluto o Teología, ciencia de Dios (la que corresponde a su Φύσις) en sentido objetivo y subjetivo.

Filosofar técnico. Entre el principio y el fin hay algo o pasa algo, he ahí algunos que no son antiguos ni modernos ni eternos, y están, como quien dice, en el medio: no tienen Φύσις y cantan el bolero de no saber de dónde vienen ni para dónde van: no tienen filosofía primera ni última propiamente dicha, sino una sierva, un útil con ese nombre, un instrumento por demás maleable, apto tanto para un lavado de herejes como para un fregado de paganos, que puede llegar a entender en aguas revueltas lo que se sabe y no se sabe contra los gentiles, pero que no puede llegar a saber nada en absoluto, ni al principio ni al fin, sobre aquello que de veras importa, una cierta sobrenaturaleza a la que conviene mejor el nombre de Χάρις que de Φύσις. La metafísica, rimbombante nombre que por azar catastrófico había alcanzado la fisiología primera, no podía tener un uso fundamental, pero tenía un uso polémico acerca de lo que trasciende, ya no los libros sobre la Φύσις sino la Φύσις misma. Pero si no es fundamental, y por lo tanto dista de ser primera (o última) para lo de más allá, ¿por qué lo ha de ser para lo de más acá? Crisis de universalidad de la fisiología, se le escapa el reino del Χάρισμα, y de las Χάριτες y aún de la Χαριτία, porque esta fuga tiene sus efectos también en el acá, en los reinos de este mundo sujetos al cambio y al azar y al chiste, que empiezan a ser aborrecidos, y desbordados, con criterios cada vez más eminentemente técnicos. Por un hechizo del lenguaje esta vuelta, pirueta o revolución, se entendió como una marcha regresiva a la Φύσις, aunque era un andar progresivo recuperatorio de la τέκνη, y de ese modo vino a llamarse física, ciencia natural o de la naturaleza, a sus más resonantes producciones.

Fisiología episódica. La filosofía en los tiempos llamados antiguos y en los tiempos llamados modernos y ¡oh, astucia del equívoco! en los tiempos llamados medios se ha propuesto, o postpuesto, como filosofía natural, como fisiología y ha excluido o disminuido la contribución del saber técnico y lo ha hecho con tanto éxito que el técnico, o el tecnólogo, pocas veces ha osado llamarse filósofo y en algunas, concediendo la identidad entre fisiología y filosofía, la ha emprendido contra la filosofía; de aquí que Nimio de Anquín haya podido escribir en 1950: “*La técnica no se plantea problemas filosóficos, sino que por el contrario, tiende a eliminarlos de la mente del investigador.*”² En estas líneas resuenan los argumen-

tos platónicos, en especial el *Gorgias*, el *Fedro* y *El Sofista*, contra la retórica en cuanto Τέχνη desnaturalizada, la que no se deja limitar por principios ni por fines y carece de ser en la medida en que no puede ser definida. En una obra posterior, de Anquín describe, en referencia a Heidegger, un completo paradigma filosófico de Φύσις : “No se trata, pues, de una Meta-metafísica, ni de una Metafísica, ni menos de una Física, sino de una Pre-física (Vorphysik) y en su forma extrema Ur-physik o Protofísica (con manifestaciones sagradas y numinosas), donde esperan a Heidegger las sombras augurales ...de los inmortales arkheguetas helénicos, que tuvieron el privilegio de la virginidad del ser.”³ Aquende, o allende, el vocabulario fisiológico, sólo queda el mundo, que en lugar del cosmos asimila el caos, más bien inmundo, cuyo saber Marechal llama “turismo por la duda”. Dice de Anquín en relación a Wittgenstein: “El Mundo es el caso. Su regimen excluye el determinismo y deja proporcionalmente abierta la puerta al azar (caso extremo), o a la contingencia del ὦσ επι τό πολυ (quod saepius fit), o a la ley (función de un sistema de hechos o probabilidad estadística), todo en el ámbito de la contingencia.”⁴ Salvo en el énfasis, nada que tecnológicamente no se pudiera adscribir; sólo se requiere una Umwertung del esfuerzo platónico (y aristotélico) de sujetar la Τέχνη a la Φύσις y ensayar un vocabulario en el que la fisiología sea un capítulo poco más o menos importante que los otros en las inconclusas y nunca previsibles evoluciones de la técnica.

Primacia de la técnica. Aristotélicamente hablando, la φύσις importa la dotación intrínseca de las cuatro causas: material, formal, eficiente y final, y se deja describir, en términos de Rorty, como aquella naturaleza íntima cuyo desarrollo es ineluctable. La τέχνη, por el contrario, no importa ninguna dotación intrínseca y, en palabras kantianas “nada tengo que sea absolutamente interior, sino alguna cosa que lo es relativamente, y que, a su vez se compone de relaciones externas”; de ahí que su primado no importe necesidad sino mera efectividad, y también excentricidad: una Urtechnik es tan in formulable como una Meta-technik o una Technik-an-sich o für-sich. Pero puede hablarse, por lo menos y por ahora, de Tecnolatría, Tecnofilia, Tecnocracia, Tecnofobia y Tecnicidio. Los discursos acerca de la técnica, o sea el registro de las actitudes discursivas hacia la técnica, la tecnología, puede catalogarse provisoriamente con estas cinco palabras. El mero enunciado de las mismas deja entrever que es un asunto contaminado de emociones y sentimientos, como lo es, por otra parte, toda cuestión estética sive artística, y tal vez la intención de razonar esa nomenclatura, el mero propósito de echar unos baldazos de agua fría en medio de una ardorosa polémica, tenga las consecuencias contrarias y sólo consiga propagar el incendio. Sea de ello lo que sea, apaciguamiento o exaltación, no está de más arriesgar unos párrafos.

Por amor al arte. No es mucho saber que la palabra griega Τέχνη, de la que derivamos *técnica* es la misma que los latinos tradujeron como *ars*, de la que proviene el vocablo español *arte*. La vinculación entre arte y técnica, no es solo etimológica, y es demasiado productiva para dejarla ahí. Las artes (las técnicas), porque a ellas les conviene el plural, son caminos hacia la construcción de otros mundos y de otros hombres, progresivos abandonos de estadios preteribles en busca de mejor civilización. El desarrollo técnico, como lo ha notado Juan David García Bacca,⁵ no tiene fin y, por lo tanto, no puede anticiparse ni acabarse, a la vez que en cada estadio, de acuerdo con los instrumentos disponibles, permite

la prosecución de fines insospechados en cualquier otro estadio. La crítica de una técnica, podemos decir parafraseando a Ezra Pound, es otra técnica, con la cual se suprime o se procura suprimir algunas consecuencias indeseables de la criticada o se agrega o se procura agregar algunas consecuencias deseables. Por supuesto, no pueden estimarse *a priori* todas las consecuencias de una invención técnica, su propia jovialidad lo impide, y esta imposibilidad de normalizar la evolución técnica, esta anomia resultante es el punto alrededor del cual se organizan los afectos, el amor y el odio, las angustias y las expansiones, característicos de la civilización tecnológica. Los espíritus creadores encuentran en la técnica la posibilidad efectiva de mundos alternativos, insólitas maneras de hacer y de ser, ampliando horizontes y perspectivas, en tanto que los ánimos más rutinarios se ven agobiados por el vértigo de los cambios y ven amenazada la tenue seguridad que proporciona la reiteración diaria de los mismos métodos para la obtención de los mismos bienes, o males. La historia del arte, con la infausta suerte inicial de muchos artistas innovadores, pero después asimilados al canon, ante otros, festejados al principio porque no aportaban ninguna dificultad a la crítica vigente y abandonados luego por esa esterilidad, es un modelo útil para un juicio a la técnica.

El crepúsculo de los ídolos. La *tecnolatría* y la *tecnofobia* parten concepciones caracterizadas por la negación de calidad técnica al tiempo pasado: tienden a naturalizar las costumbres de ayer y los instrumentos heredados, y confunden la ideología de los discursos legitimadores de ciertos instrumentos con la índole de esos instrumentos; por ejemplo, la monarquía es una técnica de gobierno justificada por la presunta ascendencia divina de la familia real y tanto el tecnócrata como el tecnófobo dan por cierta la genealogía y consideran enfáticamente, uno para bien y el otro para mal, que nuevas técnicas de gobierno, la democracia o el socialismo, vienen a apartarnos del orden natural de las cosas. Comprenden que la irrupción de la novedad que imprevisto es un rasgo de la técnica, pero suponen falazmente que aquello que no es novedoso no es técnico; es como decir que el arte comenzó con la última revolución estética o que el arte del pasado es el verdadero arte porque responde a la naturaleza del hombre y el de nuestro tiempo es el balbuceo de unos pocos degenerados. Pero lo que ambos llaman *naturaleza* es una técnica, solo que una técnica más antigua; en lo que respecta al hombre, se lo puede describir como un arte, obra y artista, a la que se han ido agregando innovaciones o en la que se han obrado renovaciones, a veces más y a veces menos completas, y en lo que hace al resto, se procura describirlos como mecanismos inerciales que la inteligencia técnica ha ido aprovechando paulatinamente en beneficio de su propia expansión. De la conjunción del azar con la necesidad en las condiciones aptas, del Kaos, a ciegas como cuenta o canta Hesíodo, o mediante la intervención de un Dios postvidente como relata el Génesis, surgieron organismos capaces de replicarse, y entre estos, en juego con aquellas, aparecieron algunos que son capaces, por su complejidad y ya por medio de técnicas deliberadas, de programar las condiciones de su supervivencia, y a éstos los llamamos habitualmente "hombres". El nombre común oculta una ingente diversidad histórica de proyectos, de éxitos y de fracasos, a la vez que revela la jovialidad de un diseño capaz de apropiarse para su beneficio de los logros de sus semejantes. Su relativa independencia del entorno "natural", su habilidad para conservarlo o transformarlo o repararlo de acuerdo con sus necesidades o intereses, hace que no sea hipérbole considerarlo una especie técnica. Pero esto es lo que pretenden ignorar los ídolos crepusculares

como el tecnócrata, que se tiene por solitario representante de una única civilización técnica, y el tecnófobo, que se estima último baluarte de la humanidad natural.

Dominio y creación. *Tecnocracia* Esta palabra es su propio doble, y a su merecido prestigio une un también merecido desprestigio. Quiere decir, por una parte, dominio de la técnica (genitivo objetivo y subjetivo), y con ello, el dominio de los técnicos, lo que no merecería demasiadas objeciones si expresara con intención baconiana el dominio de la *naturaleza*, pero en general, tanto sus adversarios como sus defensores, la dirigen al ámbito social y cultural, recortando a la manera de tecnócratas y tecnófobos la extensión de la técnica y haciendo una reserva de poder político para los detentadores de ciertas técnicas con exclusión dogmática de sus alternativas. En este sentido, la tecnocracia quiere reemplazar a la democracia, olvidando que ésta es una técnica política que hasta el día de hoy no ha encontrado reemplazos satisfactorios y que exige para su cabal funcionamiento la igualdad de oportunidades de los distintos desarrollos técnicos, con lo que excluye todo privilegio *apriorístico* y establece la competencia, con estrictos límites temporales e impostergables revisiones periódicas, para la validez de sus resultados como método de otorgar preeminencias. Por otra parte, *tecnocracia* significa el poder creador de la técnica (*krátos* es el sustantivo griego de cuya raíz deriva el español *creador*) y con ello señala el puesto de los hombres como operadores o cooperadores en la creación de sí mismos y de los mundos que habitan. El tecnócrata, artista: actor o poeta, *νοῦς ποιητικός*, es un tipo humano con multitud de variantes históricas y un ideal que merece ser cultivado. No hay campo del quehacer humano donde se haya realizado una revolución sin el sostén de una innovación técnica, desde la escritura hasta el cinematógrafo, por poner dos límites arbitrarios, o para marcar la ambigüedad del asunto con un ejemplo terrible: desde la organización de la infantería pesada hasta los proyectiles teledirigidos.

Eros y Tánatos. La pareja restante de vocablos es todo un poema de amor y muerte, y como en esas pulsiones todo es una cuestión de grado y de oportunidad, de selectividad y estilo. Se hubiera podido hablar de *tecnorastía* antes que de *tecnofilia*, pero este vocablo sugiere mejor la amplia gama de afectos que va desde el erotismo desenfrenado a la amistad reposada (*Φιλία* parece incluir a *Ἔρος*, y no a la inversa). No conozco, no sé si puede haber, un Pánfilo de la técnica, alguien que ame todas las técnicas por sí mismas y con igual intensidad; supongo que las pasiones encontradas se anularían mutuamente o desintegrarían las redes afectivas. Lo que ignora el tecnófilo es que las técnicas, si bien son instrumentos y algunos instrumentos, por ejemplo: los otros hombres y las otras obras de arte (una casa, un poema) pueden ser amables por sí, no se trata de un universo homogéneo y hay técnicas deleznable, sea por los fines que se persiguen con ellas, por ejemplo: la tiranía, sea por las consecuencias que acarrearán, por ejemplo la desertificación por sobrecarga de pasturas o por monocultivo. Si, además, se pone todo el amor en un sólo objeto se pierde objetividad y aún eficiencia, pues se ciega la mirada para otras técnicas más beneficiosas o menos perjudiciales. Un talante amistoso hacia una técnica no es censurable, mientras mantenga una elevada sublimación y no cierre los ojos ante la crítica, es decir, ante las otras técnicas. El *tecnicidio* es la imagen especular de la tecnofilia, pues si bien hay técnicas perfectamente eliminables y es deseable que sean eliminadas, por ejemplo: la tortura, otras, sobre todo si tienen voz o voto o las dos o no las tienen pero las tendrían en un estado de derecho, esa

técnica que es digna del mejor amor, no merecen ser suprimidas y no se tienen que suprimir. El tecnicidio total es una barbaridad que apenas se deja enunciar, de haber una técnica capaz de suministrarlo (y la hay: una cadena lo suficientemente grande de explosiones atómicas) sería un magno genocidio seguido de suicidio, porque la técnica que los desencadenó tendría que autodestruirse o no sería una destrucción total de la técnica. Y eso no se parece a provocar un cambio deseable. Por supuesto, el tecnicidio nunca se propone con tanta crudeza, más bien prefiere las consignas románticas del tipo “*volvamos a la naturaleza*”, pero si este romanticismo tuviera alguna efectividad sería igualmente devastador. Es hora de admitir, creo, que la naturaleza no tiene lugar para los seres que más queremos ni para las creaciones culturales y sociales que más apreciamos: si la naturaleza fuera cómoda, dijo Wilde, no se hubiera inventado la arquitectura; podemos describirnos como creadoras creaciones de la técnica y nuestro desafío es la contribución que podamos hacer a la progresiva complejización de nuestras civilizaciones, cuya fatalidad, si le cabe alguna, según el claro y evidente verso de Darío es *no saber adónde vamos, ¡ni de dónde venimos!*. Peor que no saber, solía decir Sócrates, técnico del preguntar, es creer que se sabe.

Notas

¹ Rorty, Richard, *Notas sobre deconstrucción y pragmatismo*, en *Deconstrucción y pragmatismo*, Chantal Mouffe, comp. Paidós, Buenos Aires 1998, p. 40.

² Anquín, Nimio de, *Corto comentario sobre el “Wozu Dichter?” de Hölderlin*, U.N.C., 1952, p. 8.

³ Anquín, Nimio de, *Ente y Ser*, Gredos, Madrid, 1963, p. 121.

⁴ Id. ant., p. 28.

⁵ García Bacca, Juan David, *Elogio de la técnica*, Anthropos, Barcelona 1987 (1^{ra} edición, 1968), en especial pp. 18-21 y 48-63. Véanse también las introducciones a su traducción de la *Poética* de Aristóteles, Editores Mexicanos Unidos, México, 1989. (1^{ra} Edición, UNAM, 1946).